

9. Ana L. Bochicchio *

¿Qué piensan los supremacistas blancos norteamericanos?

El 12 de agosto de 2017 en Charlottesville, Virginia, la extrema derecha volvió a ser protagonista de un hecho de violencia racial en los Estados Unidos. La numerosa convocatoria de supremacistas blancos a la marcha en contra de la remoción de la estatua de Robert E. Lee, General del Ejército confederado, ha despertado la atención mundial en relación a estos grupos, sus objetivos y motivaciones. Pero, ¿quiénes son estos supremacistas blancos?

La reunión fue organizada por Jason Kessler, un nacionalista blanco de Virginia sin demasiada trayectoria política que se hizo famoso como consecuencia de la manifestación. Como bien afirmaba el slogan de la convocatoria – *Unite the Right* –, la extrema derecha norteamericana no es homogénea. Por el contrario, está sumamente dividida en relación a las retóricas y estrategias que adoptan sus movimientos. Sin embargo, en su gran mayoría comparten una ideología y un modo de leer la realidad económica, social y

política de su país que les permite unirse en una marcha de este tipo.

Por su puesto, entre los supremacistas blancos existen escalas de extremismo. Muchos de ellos, incluso, se camuflan como políticos “semi-respetables” que actúan en un oscilante límite entre la derecha conservadora más tradicional y la derecha racista más radical – como es el caso de David Duke, supremacista blanco famoso por haber sido miembro del Ku Klux Klan y, posteriormente, representante republicano por el estado de Luisiana entre 1989 y 1992. Razón por la cual en Charlottesville marcharon unidos tanto neonazis como grupos neo-confederados, milicias, miembros del Ku Klux Klan y sectores anti-inmigrantes simpatizantes de Donald Trump.

Lo que une a estos grupos es un enemigo en común: todo lo que sea extranjero y no blanco. Además, la gran mayoría, son antisemitas ya que consideran que el judaísmo/sionismo internacional es la mente maestra detrás de una gran y compleja conspiración para destruir a los Estados Unidos (y el resto de las naciones cristianas blancas) con el fin de conquistar y dominar el mundo. Según esta visión, construida a lo largo de todo el siglo XX tanto en Estados Unidos como en Europa, para lograr su objetivo los judíos esgrimen dos mecanismos. En primer lugar, fomentan la mezcla interracial. Para ello utilizan como peones a las *razas de color* con el fin de debilitar la fortaleza de la *raza blanca* y estimular los conflictos raciales en el país. En segundo lugar, los judíos se infiltran en el gobierno norteamericano para dirigir desde

* Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina, Universidad de Buenos Aires. E-Mail: bochicchio.ana@gmail.com

adentro el destino del país y del mundo en función en sus propios intereses.

En ese marco ideológico cobra importancia la estatua del General Lee, que se constituye como símbolo de los valores de la Confederación. Esta surgió como producto del proceso de secesión de siete estados sureños (1861-1865) ante lo que consideraban el peligroso avance del Norte por sobre el Sur, lo cual acabaría con su estilo de vida tradicional para imponer un “perverso” orden modernista y capitalista industrial que favoreciera los intereses políticos y económicos de la elite gobernante en el Estado federal.

La figura del General representa, entonces, las tensiones que la Guerra Civil no terminó de resolver y que siguen latentes entre ciertos sectores estadounidenses. Por un lado, el completo sistema de vida del Sur prebélico estaba basado en un régimen esclavista, sostenido ideológicamente por la supremacía blanca. Esta ideología sostenía que Dios creó al hombre blanco para dominar y a los negros para servir, lo cual constituía un orden natural indiscutible. Lógicamente, la abolición de la esclavitud, que fue impuesta al Sur por el Norte, no significó la desaparición de la cosmovisión de la supremacía blanca. Legislación Jim Crow¹ de por medio, ésta se mantuvo viva y fue mutando hasta la actualidad, al mismo tiempo que se conjuga con el antisemitismo. Por lo tanto, los supremacistas blancos de

hoy en día siguen considerando a la *raza blanca* como superior y a los negros como inferiores, dentro de un sistema racista que también incorpora la inferioridad de latinos y asiáticos – todos manipulados por la mano judía, a través de la promoción de legislaciones que fomenten su integración en la sociedad norteamericana.

De todos modos, la supremacía blanca no es exclusiva de los extremistas de derecha. En Estados Unidos el racismo es un elemento cultural esencial de la sociedad, la cual ha sido construida sobre la base de la superioridad blanca por sobre el resto de las poblaciones a las que se dominó durante el proceso de conformación nacional: nativos americanos, mexicanos y negros. De hecho, hasta los norteamericanos blancos más pobres y marginales siempre se han sentido integrados a la sociedad gracias a su color de piel, si no tienen otra cosa con la cual pertenecer.

En tal sentido, la remoción de la estatua representa una tensión aún más compleja y más representativa de los reclamos propios de la extrema derecha: el conflicto entre el poder del Estado federal y de los estados. Desde la secesión confederada, se ha mantenido el argumento de los llamados *states rights* para argumentar que el Estado federal no debe intervenir en los derechos de los individuos representados por los estados. En tal sentido, este argumento ha sido tradicionalmente esbozado por los sectores más conservadores y racistas, especialmente en el Sur pero no sólo allí, para justificar el mantenimiento de un *statu quo* primero esclavista, luego segregacionista y ahora, entre los más extremistas, separatista.

¹ Las leyes Jim Crow consistieron en la conformación de un sistema de segregación racial entre blancos y negros en el ámbito público de los estados norteamericanos del Sur. Las mismas estuvieron vigentes desde 1877 hasta mediados de la década de 1960.

Estos últimos conforman el llamado *separatismo blanco*. Al igual que durante la Guerra Civil, tales grupos adhieren a la idea de la secesión con respecto al Estado federal, basándose en la supuesta unidad de la nación blanca. Es decir, que su deseo es separarse de un Estado del que desconfían por estar infiltrado por el judaísmo internacional, para conformar una nación basada en el respeto de la *raza blanca*, o sea sin personas de color y en función del fomento de la supremacía blanca.

Entonces, que la estatua del General Lee sea quitada – como tantos otros monumentos confederados que se están removiendo en los estados sureños – simboliza, para ellos, el aplastamiento de todos sus derechos como ciudadanos de una nación cimentada sobre supuestas bases republicanas. Sumado a ello, creen que éstos se aplastan en función de la defensa de los derechos de los negros y los inmigrantes, quienes no representan, para la supremacía blanca, la esencia excepcional, cultural, nacional ni racial de los Estados Unidos. De ahí que la convocatoria haya apelado a la idea de la necesidad de defender la libertad de expresión de quienes se sienten identificados por todo lo que la estatua simboliza.

Ahora bien, ¿Qué rol juega el presidente Donald J. Trump en este entramado? En general, en la historia norteamericana ha existido una tendencia inversamente proporcional, en la cual cuando un presidente conservador se hace cargo de la Casa Blanca, los grupos de extrema derecha tienden a decrecer y/o suavizar su discurso. Sin embargo, ésta vez no ha ocurrido lo mismo. Según el *Southern Poverty Law*

Center,² durante 2017 los grupos supremacistas blancos, en conjunto, han aumentado considerablemente. Si hasta el año pasado había 623 grupos, este año se han registrado más de setecientos, tendencia que parece continuar en tal dirección.

Es cierto que todavía no hace un año que el nuevo presidente asumió el cargo. Sin embargo, esta “anomalía” puede relacionarse con el hecho de que es la primera vez que muchos de los grupos de extrema derecha (no todos) se sienten representados o, al menos, simpatizan con la retórica de Trump. Por lo tanto, se sienten motivados e interpelados en su lucha. David Duke, uno de los más supremacistas blancos más mediáticos de las últimas décadas, ha apoyado al presidente durante toda la campaña y durante la manifestación en Charlottesville, donde afirmó que “estamos decididos a recuperar nuestro país... Vamos a cumplir las promesas de Donald Trump”.³

Este fenómeno tiene que ver, principalmente, con dos cuestiones. En primer lugar, Trump se presentó a sí mismo como alguien ajeno al tradicional *establishment* político norteamericano. En tal sentido, fue capaz de atraer a los supremacistas blancos que pueden ver en el nuevo presidente a alguien que va a combatir a la conspiración en el sistema. Y, al mismo tiempo, esto le permitió generar un discurso populista que tradicionalmente ha estado asociado, entre algunos sectores extremistas, a la derecha

² Organización no gubernamental dedicada a combatir el odio y la intolerancia en Estados Unidos. Para ello realiza campañas educativas y de contención, investigación de actividades extremistas y brinda apoyo jurídico a las víctimas.

³ DeadState, 12/8/2017. <http://deadstate.org/david-duke-we-are-going-to-fulfill-the-promises-of-donald-trump/>

más antisemita del país puesto que acusa al “capital financiero judío” de Wall Street de enriquecerse a costa de la explotación de los trabajadores (blancos) norteamericanos.

Por otra parte, Trump se ha distinguido por su discurso contra la inmigración ilegal en el país, convirtiéndose así, en un representante de las tendencias nativistas de la extrema derecha. Estas que se oponen a todo lo extranjero por considerarlo un potencial peligro contra los valores de los norteamericanos blancos, además de considerar que vienen a quitarles los puestos de trabajo. Así, el nativismo retroalimenta a la noción de una conspiración extranjera dentro del propio Estado norteamericano, colaborando en la formación del relativo – e inestable – apoyo de los supremacistas blancos.

En relación al tema de la inmigración también juega un rol importante la retórica anti-islamita de Trump. Sin embargo ésta es una cuestión compleja ya que la extrema derecha está muy dividida con respecto al mundo árabe. Si, por un lado, ISIS les parece un producto de la barbarie, por otro, muchos supremacistas blancos apoyan el terrorismo islámico, sobre todo por su oposición al Estado de Israel, en una suerte de lógica que afirma que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”. De hecho, para muchos, el atentado a las Torres Gemelas de 2001 fue un acto respetable porque, más allá de la pérdida de vidas blancas, fue un golpe en el centro del “poder financiero judío”.

En definitiva, la extrema derecha norteamericana, más allá de sus diferencias, por momentos reconoce la necesidad de unirse. En el fondo existe una fuerza

centrípeta que los aglutina: una ideología común que explica todos los males de la sociedad como el producto de grandes conspiraciones extranjeras que operan dentro de los Estados Unidos por medio de un gobierno títere y *antiamericano* que ha traicionado los valores de su país. Tal explicación proviene del conjunto de elementos asociados a la traición racista más radical del país. La supremacía blanca, por lo tanto, es endógena en los Estados Unidos..